

Hubo una época en Nuestra América que ya figura en la historia como la de los precursores. De ellos partieron las chispas que hoy se propagan por el continente e inauguran la época de las realizaciones. Son nuestros héroes y su heroísmo allenta la esperanza que torpes manos asesinas nunca podrán apagar. Desde Augusto César Sandino al Che Guevara circula la misma convicción de que un pensamiento emancipador cobra plena vigencia cuando se encarna en las masas oprimidas. No midieron, por eso, las grandes distancias que separaban sus objetivos de sus posibilidades, pues estaban seguros de que el tiempo siempre premia la lucha por la justicia y la libertad. Caminamos por sólidas avenidas que desembocan en la autodeterminación y el socialismo gracias a las primeras picadas que ellos abrieron en los bosques.

Sandino en la Liberación de Nicaragua

Rodolfo PUIGGROS

-- El combate de Augusto César Sandino requiere su ubicación en el marco de su patria y de su época. Como todos los hombres representativos e inmortales fue eminentemente concreto, aunque quienes viven hipotecados a lo inmediato vean un soñador en el visionario que se sumerge en la corriente inevitable de la historia.

Nicaragua ha sido, a partir del siglo XVI, un país colonizado. Los conquistadores hispánicos le imprimieron el sello de modos de producción, relaciones de clase, instituciones e ideologías que conformaron un estado de dependencia de los centros mundiales donde nacía, crecía y se expandía vigorosamente el capitalismo. A principios del siglo pasado, con el traspaso a los criollos del gobierno de las Provincias de Centroamérica, en las que se incluía Nicaragua, no cambió la base socioeconómica, política e ideológica de la dependencia, pero se crearon las condiciones para la penetración de Inglaterra, entonces hogar de la primera revolución industrial, dueña de los mares y señora del comercio planetario. La doctrina de Monroe y las tesis de Adams (1823) no obstaculizaron el plan inglés de colonización. Con punto de apoyo en la Honduras Británicas, los agentes del Foreign Office se propusieron extender los dominios de su Graciosa Majestad al conjunto de América Central. Así se apoderaron de Belice, de la isla Ruatán, y del Puerto de San Juan, cuyo río del mismo nombre constituía la principal ruta estratégica de la región. A los imperialistas se les despertó un desaprensivo amor por los indios "mosquitos" y se erigieron en sus "protectores" para consumir su empresa, antes de exterminarlos. Entre tanto, las continuas declaraciones anticolonialistas de los Estados Unidos —como las del presidente James Polk— no pasaban de tiras de papel y el futuro gigante del norte observaba con respetuosa neutralidad las conquistas de su Madre Patria. Sus auténticas intenciones se reve-

laron al negarse el gobierno de Washington a enviar representante al Congreso Americano de Lima (1847), cuyo objetivo era unir a "toda América, la del Norte y la del Sur" para "oponerse y reprimir cualquier intento de conquista".

Pronto Inglaterra y los Estados Unidos acordaron el reparto de Nuestra América. Con el Tratado Clayton-Bulwer (18 de abril de 1850) enterraron la doctrina de Monroe. Nicaragua resultaba el país más afectado por el proyecto de construcción de un canal interoceánico, base del Tratado. Y para dar razón al juicio de que "el principio del imperialismo fue la piratería, en 1850 desembarcaron en Nicaragua miles de filibusteros norteamericanos, al mando de William Walker, que impusieron a éste un gobierno reconocido de inmediato por el presidente Franklin K. Pierce.

Los Estados Unidos invocaron la Doctrina de Monroe cada vez que su "paz y seguridad" corrían peligro al sur del Río Bravo. Así lo hicieron cuando el ingeniero Ferdinand de Lesseps proyectó el debatido canal interoceánico con capital europeo bajo la protección del gobierno francés. El senador Burnside amenazó con movilizar cinco millones de hombres "contra semejante intervención extranjera".

El siglo XX encontró a Nicaragua sacudida por el enfrentamiento de las dos caras de Nuestra América, porque a pesar de la historia escrita por los dependientes, nuestros pueblos jamás fueron dóciles al imperialismo y guardaron su resentimiento bajo la superioridad de la fuerza y el dinero. Es la nuestra una historia de heroísmos y traiciones, de agresiones imperialistas y rebeliones populares, de golpes de Estado y componendas entre partidos sujetos a las directivas de Washington. Theodore Roosevelt con el hábil consejo del secretario Philander C. Knox, dueño de las minas de Nicaragua —hizo que sus títeres destituyeran, en 1909, al presidente José



Santos Zelaya que había cometido el "error" de construir ferrocarriles y obras públicas y fomentar la producción, al margen de los planes norteamericanos.

Ha llegado la hora de terminar con una falsificación muy difundida en ciertos círculos políticos e intelectuales, la de que la inestabilidad política, el desorden de las finanzas y la anarquía social de muchos de nuestros países se deben a taras congénitas o a que no se resisten a recorrer los caminos "modelos" de las naciones occidentales. Esa resistencia es cierta y también sus consecuencias, pero resulta del antagonismo entre las tendencias de los pueblos latinoamericanos a marchar hacia propios objetivos por propios caminos—desde la cultura a la economía—y la dependencia deformadora y esterilizante del dominio imperialista.

Augusto César Sandino nació en una sociedad pobre y encarcelada. Con cualquier pretexto desembarcaban los marines norteamericanos su carga de terror o atropellaba al pueblo la Guardia Nacional uniformada por los Estados Unidos. El campesino mestizo convertido en obrero y luego en caudillo obrero y campesino maduró su conciencia en permanente interrelación con los explotados trabajadores de cafetales y yacimientos. Porque el caudillo no es hijo solitario de sí mismo. Es hijo y padre de los sumergidos y sin el reconocimiento de éstos no puede haber caudillo. El vínculo dialéctico de amo y esclavo se invierte en mutua determinación del libertador y los libertados. En Sandino los obreros y campesinos se reflejaban como en un espejo que les devolvía los rayos luminosos que los incitaba y comprometía para la lucha emancipadora. Así se explica el extraordinario eco que tuvo su invitación a organizar el Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua el 4 de mayo de 1927.

Nicaragua era un país ocupado. La tercera invasión norteamericana se produjo en 1910 con el Tratado Bryan-Chamorro que concedía prácticamente a Estados Unidos derechos de extraterritorialidad y la autorización para partir en dos a Nicaragua, mediante un canal interoceánico semejante al que hoy clava su espina en territorio panameño.

Con un pequeño intervalo en 1924, la ocupación duró hasta 1933.

A mediados del periodo emerge, de golpe y sorpresivamente, un ejército que desconcertó las reglas militares de los invasores. Tres mil campesinos descalzos y armados con lo que tenían a mano aparecen como fantasmas que encuentran aliados en todas las chozas y desafían a los 12 mil marines pertrechados con los mejores instrumentos de destrucción del mundo, al mando de jefes que lucían las marchitas condecoraciones de la guerra de 1914. La desproporción de fuerzas materiales hizo reír, sin duda, a los avezados estrategas de la represión

convencional, pero a la risa siguió la mueca de espanto y desconcierto. Se inauguraba una nueva era en la historia de nuestro siglo, la de las fuerzas morales de los pueblos que luchan hasta el fin por su emancipación.

Primero fueron las derrotas. En San Fernando y Las Flores, los guerrilleros perdieron hombres y armamentos. Sandino demostró su capacidad de caudillo revolucionario al extraer de ellas enseñanzas y adaptar su táctica a las condiciones peculiares del terreno y la lucha. A cinco meses de emprenderse la campaña, los sandinistas ocuparon la ciudad de Telpaneca. Sus bases de operaciones radicaban, sin embargo, en las montañas, en las selvas y a lo largo de los ríos. Allí estaban los cuarteles móviles de los guerrilleros y las familias de campesinos que los abastecían.

Al recordar las alternativas de la guerra, Sandino diría: "Vencimos y nos vencieron, pero al enemigo le hacía falta conocer nuestra táctica. Además, nuestro espionaje siempre fue y sigue siendo superior al de los mercenarios. Así fuimos adquiriendo armas y porque norteamericanos, porque les capturábamos gente y botín. ¡Lástima que sean de tan grande estatura los piratas, porque sus uniformes no les sirven a nuestra gente!"

Sandino sabía que lo primitivo del armamento era largamente compensado con el ingenio creador del guerrillero y por la prospectiva emancipadora de la causa que abrazaba. Tenía la victoria asegurada en el campo de la lucha popular. Los invasores se atropellaban junto al mar y sus sirvientes imploraban la paz. Pero otros elementos poderosos se conjugaban por encima de la voluntad del caudillo y sus hombres libres. Había previsto Sandino al empezar la guerra: "No dudo que somos muy pequeños para vencer a los piratas y felones vanquis..."

Era conciente de su destino en la vida y, aunque esperaba el final, concurrió a la cita del 21 de febrero de 1934. Lo asesinaron los esbirros de Somoza. También había agregado: "No podrán negar los asesinos que nuestra decisión está basada en el sagrado principio de defender nuestra soberanía". Y la soberanía pronto llegará con su gloria.

La guerrilla sandinista afloró en una coyuntura internacional desfavorable. No había sonado la hora del mediodía para los pueblos sumergidos en el tiempo. Sobre los viejos imperialismos satisfechos se cernían las amenazas de los imperialismos bloqueados y sedientos de dominios y mercados. Se vivían las vísperas de la Segunda Guerra Mundial. El nazifascismo planificaba la conquista del planeta. Matar al socialismo y destruir a sus competidores imperiales era su doble objetivo.

Una pausa interrumpió en la superficie la oposición naciente de los países coloniales y dependientes a

los imperialismos tradicionales. Ellos pusieron buena cara con los pueblos desde que se hizo patente el proyecto de Adolfo Hitler. Y los pueblos postergaron sus reivindicaciones nacionales y sociales ante la necesidad de aniquilar al enemigo principal del ser humano. Arrojar a los nazifascistas de Europa, del norte de África, del oriente de Asia y de todas sus guaridas era el deber número uno. Pero la objetividad del antagonismo de fondo entre dependencia y emancipación seguía hirviendo en las entrañas.

Favorables circunstancias históricas permitieron a los imperialistas tradicionales armar la gran trampa. En ella cayeron muchos de los dirigentes izquierdistas de nuestra América. Los Estados Unidos e Inglaterra —aseguraba el norteamericano Earl Browder y lo repetían a la letra sus compañeros del sur del continente— han dejado de ser potencias imperialistas o, más aún, "los Estados Unidos nunca lo fueron". Ambas potencias contribuirían "al futuro desarrollo económico, político y cultural de América Latina". Estimaba que los acuerdos con la Unión Soviética habían limpiado sus almas de pecados.

La desimperialización del imperialismo en el papel tuvo funestas consecuencias. Al revés de lo sucedido en Asia, donde a la expulsión de los japoneses siguieron la de los franceses y ahora la de los norteamericanos, destacados dirigentes izquierdistas de América Latina se esforzaron en paralizar las luchas contra los imperialismos directos y dominantes, aun después de concluida la contienda mundial con la derrota del nazifascismo. Sería profanar la verdad histórica y no extraer lecciones para el presente olvidar que en 1946 esos dirigentes de la Argentina y Bolivia solicitaron la intervención de los Estados Unidos con el fin de detener el avance de movimientos nacionalistas populares. Porque la trampa era de doble piso: si se santificaba a los Estados Unidos, toda oposición a sus monopolios y a su política tenía carácter nazifascista.

En el río revuelto obtuvieron buenas ganancias los pescadores. Los oligarcas se pusieron la casaca del incorruptible Robespierre y reclamaron en la calle la recuperación de sus "libertades" perdidas, mientras las empresas monopólicas extranjeras se hacían eco y exigían la implantación de una especie singular de democracia, una "democracia" que excluía a las mayorías populares.

El telón desciende felizmente sobre esa época. Entramos en el reinado de la verdad que es la única realidad. Y la gloria de Sandino se expande y eleva, porque hubo una Revolución Cubana, porque los pueblos de nuestra América despiertan y andan.

Sandino miró a lo lejos. Nosotros tenemos la dicha de ver acercarse los días de la emancipación y del socialismo. Concurren a ayudarnos todas las comunidades en plena y definitiva emergencia. Las que ga-



naron la batalla, como Vietnam y Camboya. Las que están ganándola con dolor y conciencia. Las pequeñas islas y hasta los enclaves que levantan sus banderas. El neocolonialismo de las empresas ultranacionales es triturado por la rueda del mundo.

El fascismo de la dependencia, heredero de la "democracia" fraudulenta de la dependencia, sólo ofrece ejemplos siniestros, modelos irracionales, que cortan las alas de la reacción continental. A nadie alienta la deshumanización extrema y la anarquía económico-social en que ha hundido la tiranía pinochetiana a la patria de Salvador Allende. Ni siquiera a quienes por no poder vivir sin el vasallaje ya son dominados por la desesperación. En contraste, al oriente de la cordillera de los Andes, el pueblo argentino, encabezado por sus obreros, está en pie de lucha por una nación libre, justa y soberana. Pero los momentos desiguales del combate conducen a las dos Repúblicas hermanas a una solidaridad de objetivos que se concretará en el destino común. Como el de toda nuestra América. Así la semilla arrojada por Augusto César Sandino fructificará en la unidad de pueblos que por distintos senderos marchan hacia su liberación en una sociedad superior.